

LA LUZ DEL OBRERO

ORGANO DEL CENTRO OBRERO DE ESTA VILLA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Cieza, un mes. . . . 0'30 ptas.
Fuera, trimestre. . . . 1'00 »

Director:

Juan Mendez Piquer

Toda la correspondencia á la Redacción,
ESPARTERO, 15.
No se devuelven los originales.

PROVOCACIÓN

Me he mirado al espejo y no he hallado extravío en mis ojos; he consultado mi pulso y es normal; mi piel no arde, mi pensamiento funciona como otras veces: no estoy enfermo, no estoy perturbado, no estoy loco.

Y, sin embargo, todos los periódicos publican la noticia, mejor dicho, las noticias; los más sin hallarlas relación, algunos con la indiferencia que produce la narración de hechos normales, alguno con timidas observaciones, más de forma que de fondo.

Y al cojer la pluma lleno de indignación, y al comenzar á emborronar estas cuartillas, me asalta un escrúpulo de escritor vanidoso; tengo la presunción de que lo voy á escribir va á parecer vulgar. ¡Eso se le ocurre á cualquieral, van á exclamar desdeñosamente mis lectores.

Y este mismo escrúpulo aumenta mi confusión. Si eso es así, si los más que me lean hallarán natural lo que voy á decir, si á todos ante iguales hechos se les ocurrirían iguales reflexiones, prueba esto mismo que lo que pienso yo es lógico, lo que todo el mundo siente.

¿Cómo, si eso es lógico, lo razonable, el hecho se ha realizado? ¿Cómo eso ha podido suceder, sin que á sus propios iniciadores y ejecutores les haya remordido la conciencia y les haya subido el rubor á las mejillas?

Se enseñorea el hambre de regiones enteras de la nación, y ayer, ayer mismo, además de un par de columnas sobre la situación horrenda de Andalucía, publicaban los periódicos varias espeluznantes noticias: un pobre cargador de

una empresa de transportes ponía fin á su existencia, abrumado por la miseria, después de cuarenta años de leales servicios; un mozo de la plaza de la Cebada se ahorcaba por huir del hambre; otro hombre se degollaba por igual motivo, y un matrimonio famélico, paseaba por las Delegaciones y las Casas de Socorro, él un niño agonizante, ella un niño muerto, los labios aun abiertos, en actitud de dar el último inútil tiron al pecho escuálido y seco de la agotada madre.

Y yo pienso: si fueras rico, esas angustias serían tu primera preocupación; dispuesto á ser útil á tus semejantes desprendiéndote de parte de tus riquezas, tus ojos se volverían instintivamente hacia las miserias de los que no tuvieron tu suerte.

Y acude á mi pensamiento el concepto de avaricia, como caso patológico, en forma de enfermedad, y, así y todo, me digo: si dieras algo, lo darías con preferencia á los menesterosos, á los necesitados, á los hambrientos.

Y á la calidad de rico y avaro agrego la de egoista, porque el avaro no es egoista, ya que empieza por privarse á si mismo de lo más preciso; y, egoista y todo, oigo una voz que me dice; por egoismo debes ante todo dar lo que tu egoismo te permita al miserable que te envidie porque el que te envidie, ese será tu primer enemigo.

Pero ¿hay en el mundo suicidas morales que no piensen de este modo?

Leo los periódicos y otra vez vuelvo á mirarme al espejo, y á pulsarme, y á reconcentrar mi pensamiento para observarme á mi mismo. No, no estoy enfermo, no estoy perturbado, no estoy loco; pero hay muchos para quienes mis axiomas no son axiomas.

Los periódicos lo pregonan, la sociedad lo repite, sus nombres figuran en pomposas listas encabezadas con diti-rambos conmovedores.

Títulos, hombres de gobierno, altas personalidades, se han desprendido generosamente de respetables sumas, ¿para acudir al malestar producido por la carestía de las subsistencias, para echar un poco de carne en el gazpacho de los campesinos andaluces, para arrancar de la muerte á una familia desesperada, á un hombre, á una mujer, á un niño?

No; los títulos, los hombres de gobierno, los personajes, se han sentido generosos para hacer construir una corona de piedras preciosas que ciña la frente inanimada de una virgen de altar.

Compónese la corona de más de 15.000 piedras preciosas; diez mil, entre brillantes, perlas, esmeraldas, rubíes y zafiros se ostentan en la corona; las restantes cinco mil piedras formaran la aureola que ha de servir de fondo á la rica joya, y todo ello está valuado en seiscientas mil pesetas.....

¡Seiscientas mil pesetas para una corona que de nada servirá, que no aliviará nada, que la propia virgen, de alentar, rechazaría indignada ante las miserias á que acudir y las calamidades que remediar!

¡Que vergüenza! No, no estoy enfermo yo, no estoy yo perturbado, no soy yo el loco.

Yo soy el equilibrado, yo soy el razonable, yo soy el conservador.

Esos donantes son los disolventes, los anárquicos, los provocadores.

Ejército de hambrientos, de miserables, de desesperados: en una joyería de las más céntricas calles de la córte, está expuesta una corona que luce 15.000 pie

